



PERIÓDICO CRISTIANO.

AÑO V.

VIERNES 15 DE AGOSTO DE 1873.

NÚM. 131.

LA LUZ.

Por fin despues de seis meses de promesas y de espera, el ministro de Gracia y Justicia ha leído en las Córtes el proyecto de ley sobre la separacion de la Iglesia del Estado. Es corto, pues se limita solo á siete artículos, como verán nuestros lectores en otro lugar de este número. Parece estar escrito, sin duda para no ofender los sentimientos consuetudinarios católicos de esta nacion, con el propósito manifiesto de dar á entender que todo en él son concesiones hechas por el Estado á la Iglesia. Está es hábil; pero creemos que no engañará á los conservadores, que sueñan todavía con la restauracion del último Concordato, y á los neo-católicos que sueñan, en absoluto, con la resurreccion de todo el antiguo poder de la Iglesia.

En general, el espíritu que predomina en dicho proyecto de ley es altamente moral, científico y hasta cristiano, por más que no lo sean los hombres del Gobierno. Puede decirse que tiene dos partes; la primera restituir á la Iglesia la independencian que el Estado la habia quitado, abrogándose el derecho de presentar obispos, revisar las bulas y brebes pontificios, concediéndoles ó no *exequatur*; y la segunda hacer objeto de una ley especial todo lo relativo á los bienes y derechos que hoy posee la Iglesia y todos los edificios destinados al culto católico, ley que será hecha más tarde. Ha concluido, pues, la época de la union entre la Iglesia y el Estado. Cuando ese proyecto sea ley, cada uno de esos dos poderes vivirá en su propia esfera, girará en su propia órbita, hará su obra peculiar, y el Estado no tiranizará á la Iglesia á cambio de protegerla, y la Iglesia no dominará al Estado á cambio de prestarle sus principios religiosos, que, en último caso, al Estado de nada le sirven, porque él no tiene alma. La historia se parece á aquella serpiente simbólica de los antiguos que se mordía la cola. Las cosas, al cabo de diez y nueve siglos, han vuelto á ponerse en el mismo estado que al principio de la era cristiana. Al comienzo de ella, ni los cristianos tienen que ver con el imperio, ni el imperio con los cristianos; despues aquel presta su espada y su apoyo á la nascente religion é influye en la Iglesia y la domina, y los Emperadores se sientan en los Concilios, y los Papas suscriben á las exigencias de los

Emperadores y se firma entre los dos poderes una alianza á cual más funesta para los dos; viene despues el tiempo en que la Iglesia se hace dueña del Estado, á quien toma por siervo, por feudatario y hasta por verdugo; algunos hombres van haciendo poco á poco despues una protesta tímida y silenciosa que vá barrenando el poder de la Iglesia sobre el Estado; los hombres civiles empiezan más tarde á combatir contra los derechos de la corte pontificia, defendiendo las regalías, segunda protesta más clara y terminante, ya contra los abusos del poder papal, y vienen, por último, los tiempos modernos en que se discute con gran templanza lo funesta que es á los dos poderes su union, y del convencimiento de esta verdad salen proyectos de ley como el que estamos examinando.

En realidad, no podemos juzgar este hasta tanto que se dé la ley de que se habla en el artículo 6.º El Estado renuncia al ejercicio del derecho de presentacion de todos los cargos eclesiásticos vacantes ó que vacaren, al pase ó *regium exequatur*, á las gracias de Cruzada, á toda intervencion en la impresion y publicidad de libros litúrgicos, y á toda intervencion en todas las dispensas que hasta hoy se han hecho por la Agencia de preces; pero, ¿cómo vá á arreglar el Gobierno lo referente á las asignaciones que la Iglesia católica ha cobrado hasta hoy del Estado? Esta es la gran cuestion. ¿Vamos á seguir pagando los que no profesamos el rito católico los sueldos mayores ó menores de este clero? ¿Vá á imponerse á los municipios la obligacion de pagar á sus párrocos, ó vá á dejárseles en libertad de que hagan lo que tengan por conveniente? Es cosa fácil desprenderse de los derechos que uno tenga y cederlos en obsequio de un tercero, que es lo que ha hecho el ministro de Gracia y Justicia en este proyecto; pero dadas las supersticiones y las preocupaciones que hay aquí sobre este punto, y que aún creemos que han de alcanzar en parte á los hombres del Gobierno republicano que dirige los destinos del país, ¿es tan fácil privar de sus asignaciones al clero católico y dejarle la libertad de que subvenga á sus necesidades por sí mismo y se busque la vida por medio de la asociacion ó de otro modo, como otro clero cualquiera? Esto por lo ménos es lo de derecho y lo justo. Y lo que decimos de las asignaciones del clero lo decimos tambien de los edificios destinados al culto católico. Si se les concede que sigan usando de los infinitos templos que

hoy tienen á su disposicion en toda la Península, ¿con qué derecho se nos negará á nosotros los edificios que necesitamos para nuestro culto? Pero hasta que esa ley á que se refiere el proyecto se lea en las Córtes, nada podemos decir. Entonces hablaremos.

LOS JUDIOS.

VI.

Durante el reinado de Enrique III la situacion de los judios fué más tolerable; pero á su muerte volvió á empeorar. La reina gobernadora doña Catalina, empezó de nuevo á perseguirlos y publicó, en 1412, un ordenamiento sobre el encerramiento de los judios y de los moros. El tal ordenamiento era terrible. Por él se mandaba á los judios que viviesen en un lugar separado de la ciudad, villa ó aldea de que fuesen vecinos, se les inhabilitaba para todo cargo público, se les prohibia vender comestibles á los cristianos y tener tiendas y boticas, se les marcaba hasta los trages que debian usar, se disponia que no pudiesen cortarse la barba ni los cabellos; que no fuesen veterinarios, carpinteros, sastres, curtidores, zapateros, medieros, ni carniceros y que no vendiesen miel, ni aceite, ni arroz, ni otras mercaderías. Tan absurdo y tan bárbaro era el tal ordenamiento, que dos años despues D. Fernando de Antequera se vió obligado á revocar sus disposiciones.

Parecia natural que ya que de todos los sitios partian contra los judios imprecaciones, maldiciones y toda suerte de dictérios, del púlpito deberian llegar hasta ellos palabras de consuelo, de conmiseracion y de esperanza. No era así sin embargo. Ya hemos referido en artículos anteriores, que desde el mismo púlpito era desde donde solian salir las excitaciones para avivar el furor del pueblo contra los israelitas. Esta triste tarea tocóle tambien á San Vicente Ferrer, ese santo tan preconizado por la Iglesia romana. Dicese que con sus sermones convirtió en un sólo año á cuatro mil judios; pero otros historiadores afirman que estos cuatro mil judios se convirtieron, más que por las predicaciones del santo, por el temor de nuevas irrupciones en sus barrios, de los cristianos. Uno de los convertidos por el santo, llamado Josué Halorqui, rabino de gran erudicion y médico distinguido, propúsose probar á los israelitas por el examen mismos del Talmud, que el verdadero Mesías habia venido en la persona de Jesucristo. Al efecto, y con autorizacion del Papa, reunió en Tortosa á los rabinos más célebres de Europa, incluso los de España. El mismo Benedicto XIII, Papa á la

sazon, acudió también á Tortosa. Los judíos escogieron á Vidael Benvenista para que hablara en nombre de ellos, y los cristianos al rabino convertido Josué Halorqui. Abrió este las conferencias con un discurso en latín y llegaron á discutirse, en las sesenta y nueve veces que judíos y cristianos se reunieron, hasta diez y seis proposiciones de sumo interés.

De los rabinos que se presentaron á discutir sólo dos no se convirtieron. Llamábanse Ferrer y José Albo. Al fin de las sesiones, el judío Astruch Levi leyó una cédula por la cual, en su nombre y y en el de todos los judíos, se declaraba estar enteramente convencido de los errores de la religión judía. A la conclusión de la lectura de esta cédula, los demás rabinos, excepción hecha de los dos antes citados, contestaron en alta voz: «Y nosotros también nos conformamos y nos adherimos á ella.»

Hasta aquí todo iba bien. Habíase practicado, aunque no hubiera sido más que por una sola vez, la tolerancia evangélica, y se veía que daba buenos resultados. No obstante esto, al Papa no debió parecerle así, puesto que á poco dijo: «Que no podía *disimular su cólera* contra los que, cerrando los ojos á la luz, persistían en errores reconocidos y condenados.»

El día 11 de Mayo de 1415, expidió el Papa una bula que puso á los judíos de Valencia en el último aprieto. Por ella se prohibía á todo el mundo que leyese el Talmud, y se mandaba que todos los ejemplares que de él hubiese en la ciudad, se presentasen en un día determinado en la catedral para ser quemados. Mandaba también la citada bula que se cerraran todas las sinagogas erigidas ó reparadas nuevamente, que todos los judíos y judías llevasen en sus vestidos una divisa encarnada y amarilla del tamaño y forma indicado en la bula; que se obligara á todos los judíos mayores de doce años á asistir á tres sermones al año, y en fin, otras mil disposiciones dictadas por el fanatismo más ciego y la ignorancia más crasa. España era el único país que reconocía como Papa á Benedicto XIII; por consiguiente, los efectos de esta bula sólo alcanzaron á los judíos españoles.

Pero mientras que en Aragón se celebraban las conferencias de Tortosa, donde había cierto espíritu de tolerancia, en Castilla reunióse un Concilio de obispos, que creyó que lo más pronto y útil era exterminar á los judíos, en vez de tratar de convencerlos. El resultado de sus deliberaciones fué promulgar trece decretos animados del mismo espíritu que la bula de Benedicto XIII.

Los pobres judíos todo lo sufrían con resignación. Eran los eternos mártires de las supersticiones y preocupaciones de aquellos tiempos. Pero como en último caso, los cristianos no podían pasarse sin ellos, resultaba que al cabo de cierto tiempo las leyes dictadas en su perjuicio caían en desuso y los israelitas volvían otra vez á ser tan ricos, y de consiguiente, tan influyentes como antes.

DE LA LIBERALIDAD.

Lo primero que ha de procurar el liberal es dar sin respeto á su interés; antes, cuanto menos aprovechada la gracia, mayor es. El dar el beneficio es como tirar la barra; gana aquel que da el golpe más lejos. Así es mayor la liberalidad que tira más lejos de sí, sin respeto de su particular.

Lo segundo es dar más con el rostro que con la mano, más con el ánimo que con el don, gustando de dar. La deuda de la gracia no es sino la voluntad; á esa tiene obligación el que recibe, no á la cantidad de la dádiva. Como no es más prima imagen la que es mayor, ni mejor hombre el que es más grande; así no es mejor beneficio el que abulta más, sino el que tiene mejor alma, que es la voluntad de que procedió. Más estimó Artajerjes un poco de agua que le ofreció un rústico, que el oro de los más ricos. Más dió Eschines á Sócrates

con solo darse á sí á su ánimo y voluntad, aunque sin otro don, que Alcibiades con todas sus liberalidades.

Ayuda mucho el gusto de dar, ó sin ser rogado, ó de presto; es señal que dá de gana quien dá luego. El que se deja rogar, no se quiere dar por amigo, que antes ha de ser mandado que rogado. Arguyen poca confianza los ruegos, y traen consigo alguna duda, y la amistad es sin sospecha... El que dá, pesaroso ó muy rogado, de tal manera dá, que pierde lo que dá, y tan poco reconocido suele dejar á quien hizo el don, como si se le quitase...

Al mismo á quien se hace el beneficio conviene muchas veces encubrirle y trazar las cosas con tal arte, que piense que no le recibe, sino que le halla. Si se dá el beneficio á logro, no lo ha menester saber más que el que lo ha de pagar; basta que lo sepa quien lo recibe. El gusto del liberal es hacer bien, no parecer que lo hace, no solamente dá los beneficios, sino los ama...

Basta dar con la mano el beneficio, no con el rostro. La disimulación vencerá el olvido del ingrato; no piense que por disimular su liberalidad, perderá la gracia, no la busque hasta tanto que le halle, esto es, sufra tanto al ingrato hasta que le haga agradecido... Ha de ser la liberalidad de bienes propios para ser beneficio, porque si es de los públicos, sólo será oficio; si de lo ajeno, hurto.

El que dá al digno, dá á todos; el que dá al digno recibe él su paga, y con quedar pagado, le quedan todos obligados. Ha de procurar el liberal dar á quien merezca más loa por el buen uso de su beneficio, que no por el buen uso de su fortuna. Los dones loa son del que dá; el buen uso de ellos, del que recibe.

¡QUIÉN FUERA JÓVEN!

—Quiero andar, quiero correr,
¿Soy ya viejo? ¡Bah! ¿Qué quieres!
Anda que si no te mueres,
Hija, también lo has de ser.

Pero hoy he puesto mi empeño
En que yo he de correr hoy.
—Pues corramos.—¿Sí? ya voy.
Quedaré del campo dueño.

—Corra Vd.—Corro.—Me pasma
Su brio.—¿Quién le tuviera!
Si no quieres que me muera,
Pára, que me ataca el asma.

Jesús ¡qué tos tan maldita!
Está visto, ya no puedo
Ni siquiera alzar un dedo,
Te digo que esto me irrita.

Pero mira, nos sentamos
Sobre este césped ameno
Y descansamos, ¿eh?—Bueno.—
—Corriente, pues descansamos.—

Calla, ¿no ves á aquel lado
Una cosa que se agita?...
—¡Un columpio!—¡Quita, quita!
Ya no puedo estar sentado.

—¡Papá!—Quita, cataplasma,
Si tú no puedes subir
Yo no he de dejar de ir.
¡Si yo ya no tengo asma!—

Yayamos, ¡pues qué Vd. quiere!
—Yayamos, hija querida,
Así hay que tomar la vida,
Y el que se muere, se muere.—

—Ya estamos. Suba Vd.—Dejo
Que subas tú.—Bien: ya estamos
—Verás tú cómo gozamos;
¡Y decir que yo soy viejo!

Una vuelta, dos, ¡qué gozo!
Vaya, me voy remozando:
Pero... me estoy mareando,
Al fin mi gozo en un pozo.

Que paren, por Dios. ¡Qué pena!
El corazón se me salta,
La respiración me falta;
¡Buena la hemos hecho, buena!

Pero descansenos, hija.
Con un poco que me siente
Me tienes hecho un valiente.
¡Á mí no hay quién me corrija!

Pero ahora tengo una idea;
¿Ves aquella cuesta allí?
Pues quiero subirla, sí,
Subir cuestas no marea.

—Pero si no puede... —Pues,
Lo dices tú... ¿Qué lindeza!
Los pies no son la cabeza,
Y no se me irán los pies.

Vamos andando. Ya estamos
Al pie de esta hermosa cuesta,
¿Quieres hacer una apuesta?
Los viejos siempre ganamos.

¿Á que subo yo más listo
Qué tú? —Sí. —¿Qué no? Por Dios
Subamos. Un paso, dos,
¡Aún no soy viejo, esta visto!

Tres pasos, seis. Ya van diez.
¡Y sin parar, sin descanso!
Doce, catorce... Me canso
Pero no es nada esta vez.

Diez... pero hay que parar,
Si no paramos, reviento
Aquí mismo, aquí me siento,
¡No puedo ni respirar!

Al cabo mis sueños dejo,
Los años mis fuerzas roben.
¡Es necio querer ser joven,
Cuando es uno viejo, viejo!

Mis ilusiones eternas
Hoy tienen su conclusion;
¡Es joven el corazón,
Pero no lo son las piernas!

Somos unos mamarrachos,
Nos lo dicen los espejos:
Seamos, pues, viejos los viejos,
Y jóvenes los muchachos.

A. SANCHEZ DEL REAL.

LA FAMILIA CRISTIANA.

III.

—¿Con que quisiérais ser el mendigo Lázaro? le dijo ella toda conmovida. ¿Con que quisiérais haber arrastrado la vida que él arrastró, haber llorado lo

que él, haber comido las migajas que caían de la mesa de los grandes señores, haber tiritado de frío en el invierno, haber sido el escarnio de las gentes y haber vertido lágrimas de sangre al ver que no teníais una mano que enjugara el llanto que escaldaba vuestra mejilla? ¡Ah! lo habeis sido, lo sois. Si el sufrimiento fuera una cédula para entrar en el cielo, Dios no podría negaros en ella la entrada. Pero el dolor no basta. Mirad, un día se presentó un hombre en el mundo. Iba pobre, descalzo á veces, y andaba largas jornadas por ganar un alma. Decía palabras maravillosas y las muchedumbres le seguían sin cansarse jamás de oírle. Tenía en la mirada yo no sé qué rayo celeste y decía unas cosas tan sencillas y tan tiernas, que partían el alma; lo que me habeis oído leer por ejemplo. Los pobres decían: «Es de los nuestros.» Los ricos le miraban de reojo y buscaban pretexto para perseguirle, aunque había venido á salvar á todos. Y otro día, cuando aquel hombre hubo dicho todo lo que tenía que decir y hubo hecho todo lo que tenía que hacer; cuando hubo embalsamado la tierra con su aliento y hasta el cielo mismo con sus suspiros; cuando se secaron las palmas que poco antes un pueblo ingrato había puesto como alfombra para que las pisaran sus pies, aquel hombre, el único justo y el único santo, fué clavado en la cruz de la ignominia que vino á ser desde aquel día la cruz de los resplandores. Murió por mí, pobre mujer sin nada en el mundo; murió por tí, pobre viejo, que quisieras parecerle al Lázaro de la parábola. Desde hoy teneis que hacer una vida nueva. ¿Lo entendéis? una vida nueva. Dejaos de rezos que nada valen, de maulamientos de oraciones, de pasar y repasar las cuentas de vuestro rosario. Nada teneis que ver con nadie, con nadie, con nadie, nada más que con Jesucristo. ¿Os parece ya pesada la vida, eh? Pues es porque hasta hoy no habeis vivido en vuestro Salvador.

Después descendió ella á terreno más familiar y le volvió á explicar, toscamente, como ella podía hacerlo, los principios fundamentales del cristianismo. El viejo iba comprendiendo las verdades cristianas. Cuando ella se detenía, el mendigo la miraba sonriendo y la decía: «Predicáis mejor que un cura.»

En esto habíase pasado mucho tiempo. Cuando se habla de aquello que se ama, las horas pasan dulcemente y sin sentirse.

La pobre mujer ofreció al mendigo la cena que pudo; quitó un colchón de su cama y le puso en medio de la pieza para que durmiera el desgraciado. Ni tenía asco de él, ni de su miseria, ni de su hediondez. Podía decirse que tenía verdadera caridad.

El mendigo echóse sobre aquel lecho improvisado, blando como no le había gozado en mucho tiempo. Estaba trastornado y no podía darse cuenta de lo que le pasaba. Sus ideas viejas pugnaban con las nuevas que acababa de escuchar; sus preocupaciones se rebelaban contra lo que acababa de oír. Estos combates del alma son terribles y todos hemos sufrido alguno. La cabeza arde; el corazón palpita, la piel quema y los nervios parece que se contraen y se encogen y se encorvan. Son tremendas estas situaciones. De ellas puede salir ó la prosecución del reinado del ceno ó la entrada en el reino de la luz; el mendigo se revolcaba sobre el lecho, daba vueltas de un lado á otro y no podía conciliar el sueño. Daba grandes suspiros de cuando en cuando y decía: «¡Para qué me habrá dicho esas cosas esa mujer!»

Cuando esta á su vez se hubo recojido para descansar, elevó á Dios la siguiente oración mental, perfume puro de un alma blanca.

—¡Dios mío! yo te pido por ese hombre. Te pido por ese hombre antes que por mí. A mí ya me has mirado con ojos de misericordia y has rociado mi corazón con el bálsamo de tu gracia. Atiéndele, escúchale. Está en la duda, está en la perplejidad, está aturdido y no sabe qué camino tomar; abre Tú sus ojos y disipa con tu aliento los montones de tinieblas que le separan de Tí. Su alma hoy es una

sima de errores. Tiene buena intención; quiere ir á Tí. ¡Oh, ayúdale Tú! Te lo pido por Jesucristo. Y á mí dame fuerzas y saber para guiarle y guiarle, para fortalecerle y para fortalecerme.

Dijo esto, y á poco se quedó dormida pensando risueñamente en la dulce paz de que gozan los que viven la vida del Mesías.

Reinó profundo silencio. En esto la luna brillaba poéticamente por fuera y algunas estrellas errantes, corriéndose de un punto á otro, parecían mariposas celestes que saltaran de una en otra flor, de lo alto que la mirada humana no alcanzaba á divisar.

LA ASAMBLEA DE LA IGLESIA CRISTIANA ESPAÑOLA.

Señor Director de LA LUZ.

Muy señor mío y apreciable amigo: Contando con el espíritu de justicia que siempre le distingue, creo no ha de rehusarme el espacio necesario para hacer algunas apreciaciones sobre un artículo del último número de LA LUZ firmado por Vd. y en el que soy aludido.

En el referido artículo se propone Vd. dar cuenta de lo hecho en la última Asamblea habida en esa, y pretende «relatar los hechos por su orden,» pero muy pronto se aparta de este «orden» para criticar de un modo indebido, á mi parecer, á aquellos que, si bien no podían aceptar en conciencia todo lo propuesto por la mayoría de la Asamblea, se hallaban animados, no obstante, de los mismos deseos de contribuir al bien de la Iglesia Cristiana Española.

Y antes de entrar en materia, yo pregunto á mi vez, valiéndome de sus mismas palabras: «¿Es cuerdo, es prudente,» el que Vd. provoque una discusión pública y ante el mundo, sobre las cuestiones que han dado origen á tantas discusiones en la Asamblea? Yo creo que no; mas Vd. habrá opinado de diferente modo al escribir ese artículo. Pues bien, enhorabuena; y puesto que Vd. apela al buen criterio del público cristiano, no crea Vd. que aquellos á quienes ha aludido temen someter su conducta á este tribunal, con tal que se la presente de una manera conveniente.

Vd. cree que la causa de prolongarse tanto la discusión del catecismo fué el no ser éste original, y si traducción, en su mayor parte, del de Wertminster. Yo, por mi parte, puedo decir que lo hubiera combatido ó aceptado, no por ser original ni traducción, sino con arreglo á las doctrinas que encerrase. Para Vd. la gran piedra de tropiezo en el catecismo de Wertminster es la elección por Dios de su pueblo para salvación, (no se nombra la palabra «predestinación» en todo el catecismo), y por eso Vd. lo combatió á cada paso, como así lo tenía advertido mucho antes de reunirse la Asamblea. Y entiéndase que en los cuatro días que llevábamos discutiendo el catecismo presentado, no habíamos llegado, ni con mucho, á la cuestión de la elección.

Este catecismo, según Vd. afirmó en la Asamblea, no corresponde á las aspiraciones del siglo XIX. ¿Cuáles son estas? ¿Las de Pío IX de hacerse Dios en la tierra? ¿Las de los libre-pensadores? ¿Las de los comunistas, de echar abajo todas las religiones y creencias dogmáticas como farsas y prevenciones de los siglos pasados? ¿Acaso usted pretende afirmar que las aspiraciones de las iglesias reformadas son el dejar á un lado todo lo antiguo para echarse en brazos de las mil y una especulaciones del siglo XIX? ¿Puede Vd. citarme un solo ejemplo de una iglesia reformada que haya rechazado su confesión de fé y catecismo compuestos en tiempo de la Reforma como cosas pasadas ó antiguas, ó que los haya cambiado en un ápice para añadir un nuevo dogma? Estoy seguro que no lo puede Vd. hacer. La iglesia de Roma es la que cambia en materia de creencias; las reformadas se atienen á las mismas doctrinas hoy que cuando formularon su confesión de fé. De aquí que las aspira-

ciones del protestantismo del siglo XIX no son las de alterar sus creencias ni aun la sistematización de ellas.

Pero la sistematización de «los hechos fundamentales» (supongo que Vd. quiere decir doctrinas ó dogmas fundamentales, porque los católicos romanos, y hasta los deístas, admiten los hechos sobre los cuales se basa el cristianismo, esto es, la muerte y resurrección de Nuestro Señor, como hechos históricos) es obra de los hombres, y por consiguiente, no debe haberse presentado el catecismo de Wertminster: y el catecismo español que hubiera, ¿sería algo más que humano? «No, me dirá Vd; pero respondería mejor á las aspiraciones de la Iglesia Española.» ¿Y quiénes son aquellos que componen la Iglesia Española? ¿Acaso no somos nosotros también miembros de esta Iglesia tanto como Vds., por más que hayamos «estudiado la teología por el catecismo de Wertminster?» Y si así es, ¿no tenemos el mismo derecho de luchar por lo que nosotros creamos útil á esta Iglesia, sin ser acriminados y sin que se nos apellide antagónicos de la paz de ella? Vd. cree haberlo explicado todo al decir: «Naturalmente, cómo están acostumbrados á recibirlo como verdad inconcusa, les parecía que aceptando una variación en la manera de explicar un hecho (otra vez hecho) quedaba minado por sus cimientos el edificio cristiano, etc. Esto no es, no puede ser verdad; y lo que es más, tendría que violentarme mucho para pensar que Vd. podía creer que era verdad. Suponer que un cristiano de mediana inteligencia cree que los cimientos del cristianismo descansan sobre una obra humana cualquiera, es inferirle una ofensa, es calumniarle.

Por otra parte, Vd. recordará que el que declaró que no podía admitir ni enseñar la enmienda de varias reglas, aun después de votada, no era uno de los que habíamos aprendido el catecismo de Wertminster, al menos durante la niñez, y era además español.

Empero, concedamos que nosotros no teníamos razón en impugnar todas las enmiendas presentadas al catecismo, y sentemos por principio que aquel que no quiere aceptar enmiendas á una obra presentada á discusión es obstinado y provoca rupturas en la Iglesia. Ahora bien, yo pregunto: ¿quién se negó obstinadamente á aceptar la enmienda presentada por mí al código de disciplina? Vd. y los que opinaban como Vd. Luego según su propio razonamiento, suya es la culpa de haber provocado a escisión que amenazó á la Asamblea. Esta es una verdad tan clara como la luz del medio día. Bastante motivo era para una separación el haber puesto en el código de disciplina, y por consiguiente autorizado por la Asamblea, una práctica que venía á ser una innovación, puesto que no se consignaba en la confesión de fé donde se habla del asunto, y para nosotros contraria á la Biblia. Pero no se trataba de ninguno de los dogmas fundamentales del cristianismo. Sería muy interesante tener una lista de los dogmas que, según Vd., son fundamentales. Si se trata únicamente de la salvación individual, todos sabemos que las doctrinas fundamentales son «el arrepentimiento para con Dios, y la fé en nuestro Señor Jesucristo.

Mas si es cuestión de fundar una iglesia, todas las doctrinas que se desprenden claramente de la Biblia ó se deducen lógicamente de ella, son fundamentales, consígnense ó no en las fórmulas de la Iglesia. Por la misma razón, en materia de fé y práctica, rechazo todo aquello que no se desprende de la Biblia, ni se deduce legítimamente de ella. La cuestión que dió origen á la ruptura que nos amenazó era si los niños de padres incrédulos, debían ser recibidos en la Iglesia por el bautismo, siempre que los padres lo deseaban. Después de discutida y votada por mayoría, la minoría creímos de nuestro deber protestar contra este artículo como una innovación á la confesión de fé, y como doctrina anti-bíblica, y por consiguiente no podíamos aceptarla, si habíamos de permanecer fieles á nuestra conciencia. Nosotros no queremos confundir la Iglesia visible de Cristo con el mundo, ni

administrar sus sacramentos sino á aquellos que pertenecen á ella.

No hay Iglesia cristiana en el mundo en cuyas fórmulas se consigne tal doctrina; y si fuera dogma de la Iglesia Cristiana Española, de seguro que se satisfarían los deseos de algunos de sus ministros respecto á ella, esto es, que sería una iglesia distinta de todas las demás del cristianismo.

Esta ruptura se ha salvado, gracias á la prudencia y al deseo de reunion que han animado al elemento español de la Asamblea. Esta es otra tendencia á elevar la cuestion al terreno de la nacionalidad. Es una chispa del espíritu de extranjerismo que dominaba á algunos de los españoles en la Asamblea, lo mismo que les domina fuera de ella; aunque debo decir, en honor de la verdad, que si usted ha mostrado este espíritu alguna vez, fué sólo cuando tenía razones para ello. Mas para que el público pueda juzgar entre nosotros voy á dar cuenta de los hechos. Si mal no recuerdo, en la votacion nominal la mayoría contaba *doce* y la minoría *cinco*. Un señor se abstuvo, pero al siguiente día, despues de estudiar la cuestion un poco más, se agregó á nosotros.

En la minoría habia entonces tres españoles y tres extranjeros. En la mayoría habia sólo un extranjero, y estoy seguro que él abogó tanto en favor de la conciliacion, como el español que más. Sirva esto para probar que la cuestion no era entre españoles y extranjeros, como se deja ver en su artículo, sino entre la verdad y el error, segun la conciencia de cada cual. Dos palabras más: de las tres Asambleas que ha habido, esta última es la única cuyas sesiones he visto terminar gustoso. El espíritu general que reinaba me entristecía cada día, y el recuerdo que conservo de ella es muy triste. Creia, sin embargo, que una vez acabadas estas discusiones, pronto olvidaríamos lo desagradable de ellas, y reinarian la paz y la amistad entre nosotros como antes. Mas este disparo que Vd. ha tenido á bien hacer, ha venido á despertarme de mi dulce sueño, impeliéndome á desenvainar la espada nuevamente.

De Vd. depende el que esta lucha continúe ó no. Yo no he provocado ni ruptura ni disgusto dentro de la Asamblea ni fuera de ella, pero no permitiré tampoco que se me ataque sin procurar defenderme. Yo no cedo á nadie en interés por la Iglesia á que todos pertenecemos, y por eso pido á mi vez que Dios bendiga la Iglesia Cristiana Española, y todas las demás iglesias evangélicas en territorio español.

De Vd. siempre afectísimo atento seguro servidor y hermano,

WILLIAM MOORE.

Santander 11 de Julio de 1873.

Señor Director de La Luz.

Muy señor mio y amigo: Encargado por la Asamblea de nuestra Iglesia de proporcionar á cada uno de los pastores de nuestra congregacion un ejemplar del Código de disciplina, que no se ha creído conveniente imprimir todavía por no hallarse discutido y aprobado en totalidad, y conociendo el excesivo trabajo y los muchos inconvenientes que se originan de manuscibir tantos ejemplares, he creído que estas dificultades podrán evitarse, si Vd. accede á que se publique en las columnas de su periódico.

No tengo la menor duda de que Vd. acogerá bien esta súplica; y en esta conviccion le remito adjunto el Código manuscrito.

Si Vd. se digna enviar á cada pastor dos ejemplares del número ó números de La Luz en que el dicho Código se publique, no solo yo, sino tambien todos nuestros colegas en el ministerio le quedarán altamente agradecidos.

Dándole anticipadamente las gracias por mi parte, me repito de Vd. afectísimo S. S. Q. B. S. M.

Sevilla 9 de Agosto de 1873.

JUAN B. CABRERA.

Código de disciplina de la Iglesia Cristiana Española, presentado á la Asamblea general de la misma habida en Madrid en Junio de 1873.

NOTA. Dicha Asamblea ha discutido, aprobado y puesto en vigor las diez y seis primeras Secciones de este Código, acordando que las Secciones restantes rijan provisionalmente por este año hasta que en la Asamblea próxima se discutan y aprueben.

ÍNDICE DE MATERIAS.

Seccion	I. La Iglesia.
»	II. Congregaciones.
»	III. Miembros de la congregacion.
»	IV. Pastores.
»	V. Ministros instructores.
»	VI. Ancianos.
»	VII. Diáconos.
»	VIII. Juntas.
»	IX. Eleccion de ancianos y diáconos.
»	X. Templos.
»	XI. Culto.
»	XII. Bautismo.
»	XIII. Cena del Señor.
»	XIV. Matrimonio.
»	XV. Sepelio.
»	XVI. Presbiterios.
»	XVII. Eleccion y ordenacion de pastores.
»	XVIII. Asamblea.
»	XIX. Comision permanente.
»	XX. Misiones.
»	XXI. Escuelas y colegios.
»	XXII. Libros y periódicos.
»	XXIII. Fondos y gastos.
»	XXIV. Fórmulas.
»	XXV. Procedimiento en casos de escándalo; imposicion y relevacion de censuras.

Código de disciplina de la Iglesia Cristiana Española.

SECCION I.

LA IGLESIA.

1. La Iglesia Cristiana Española (1) es la federacion de todas las congregaciones cristianas en territorio español, que acepten su Confesion de fé, su Directorio del culto, y el presente Código de disciplina.

2. Ningun individuo formará parte de la Iglesia Cristiana Española, si no se halla afiliado como miembro á alguna de sus congregaciones.

3. La Iglesia Cristiana Española, sin abandonar las formas que le son peculiares, conserva lazos de union fraternal con todas las Iglesias evangélicas del mundo, formando con ellas la Iglesia Universal visible, una, por reconocer y confesar un Señor, una fé, un bautismo, un Dios y Padre de todos.

4. La Iglesia Cristiana Española no reconoce por su Cabeza y Jefe más que á Jesucristo, ni tiene más regla de fé y de moral que la Sagrada Escritura, ni admite otro régimen que el que se desprende de los santos libros del Nuevo Testamento.

5. Mas para la manifestacion externa de sus creencias y para su propio gobierno, tiene, entre otras cosas, una Confesion de fé, un Directorio del culto y el presente Código de disciplina, aceptados por todas sus congregaciones.

6. La Iglesia Cristiana Española es independiente del Estado, pero respeta las autoridades civiles constituidas, obedece á las leyes vigentes, y sólo reclama el goce completo de todos los derechos del ciudadano, reconocidos en la Constitucion de España.

7. Tiene para su instruccion, edificacion y perfeccion, un ministerio compuesto de ancianos y diáconos.

8. Y para su direccion y gobierno, reuniones locales, de distrito y nacionales, llamadas juntas, presbiterios y asambleas.

(1) Este título fué oficialmente aceptado en la Asamblea celebrada en Sevilla en Abril de 1871.

SECCION II.

CONGREGACIONES.

1. Las congregaciones que constituyen la Iglesia Cristiana Española, pueden tambien llamarse y propiamente se llaman iglesias, adoptando cada una el título distintivo que le place.

2. Una congregacion ó iglesia particular se forma de los cristianos que ordinariamente se reúnen en un sitio dado, para celebrar el culto divino público.

3. Toda congregacion, si está en vias de formacion, ha de tener al ménos una persona que la instruya y dirija.

4. Toda congregacion ya constituida debe tener, además del pastor, algunos ancianos que ayuden á este en el gobierno de la misma, y algunos diáconos que administren lo temporal.

5. El número de ancianos y diáconos será proporcionado á las necesidades y condiciones de la congregacion.

6. Cada congregacion, además de lo necesario para la celebracion del culto (véase seccion X), debe tener:

- (1) Registro de los miembros de la misma.
- (2) Registros de bautizos, casamientos y defunciones.
- (3) Libro de actas de la junta.
- (4) Libros de contabilidad.
- (5) Un ejemplar de la Confesion de fé, del Directorio del culto, del Código de disciplina, y de sus Estatutos particulares si los hay.
- (6) Un catálogo de los pastores, ancianos y diáconos que hayan existido y existan en la misma.
- (7) Un sello que exprese el título de la iglesia y la poblacion donde se halla.

7. Cada congregacion puede tener Estatutos particulares, aprobados por el presbiterio á que pertenezca, y que no se opongan al presente Código.

8. Es muy conveniente que cada congregacion tenga una biblioteca religiosa, moral é instructiva para uso de sus miembros, con las condiciones que marquen sus Estatutos particulares.

Artículo adicional.—Para acomodarse á la legislacion civil vigente, cada congregacion al quedar constituida, presentará á la autoridad local un ejemplar de sus Estatutos; y cuando cambiare de templo, lo pondrá por escrito en conocimiento de la misma autoridad, veinte y cuatro horas al ménos antes de reunirse por primera vez en el nuevo local. En ambos casos pedirá recibo que acredite el cumplimiento de dichas formalidades.

SECCION III.

MIEMBROS DE LA CONGREGACION.

1. Siendo público el culto en nuestros templos, no se debe impedir la entrada en ellos á persona alguna, con tal que guarde la decencia y compostura, gravedad y silencio que deben reinar en toda reunion de cristianos; mas el asistir una ó muchas veces á nuestros cultos, no es título bastante para que una persona se considere miembro de la congregacion.

2. Para que un individuo sea miembro de una congregacion, necesita ser admitido formalmente por el cuerpo de ancianos, quienes, despues de haberle probado por algun tiempo y conocedores de su buena conducta presente, le examinarán acerca de su fé, y satisfechos de dicho exámen, y previa promesa por parte del individuo de que guardará los Estatutos de la congregacion, escribirán su nombre en el registro de la misma, expresando su edad, estado, profesion, lugar de nacimiento y actual residencia.

3. Los hijos de los miembros de una congregacion serán considerados tambien como miembros, pero no gozarán de todos los derechos de tales hasta despues de su primera comunión, á la cual no se llegarán sin ser antes examinados por el cuerpo de ancianos, y hacer públicamente profesion de su fé.

4. Los miembros de una congregacion no deben olvidar nunca el fin propuesto al ingresar en ella, es decir, la glorificacion de Dios y la santificacion

de su alma. De consiguiente, en su vida privada y pública, esfuércense á portarse como discípulos de Jesús, fieles seguidores del Evangelio.

5. Sean solícitos en difundir las verdades cristianas, cada uno en su esfera, especialmente entre sus familias, y muéstrense caritativos con sus hermanos pobres ó enfermos, socorriéndoles segun sus facultades permitan, y visitándoles para consolarlos.

6. Absténganse del trabajo en los domingos, para dedicarlos exclusivamente al servicio del Señor, y congrégnense con sus hermanos en el templo con toda la frecuencia que les sea posible.

7. Tienen la obligacion de contribuir periódicamente con alguna cantidad, para sufragar los gastos de la congregacion.

8. En toda reunion general para tratar asuntos de la congregacion, tienen voz y voto.

9. Pueden pedir al pastor un certificado que acredite ser miembro de la congregacion, pero este certificado caducará á los seis meses de su expedicion.

10. Cuando un miembro, por cambio de residencia, desee agregarse á otra congregacion, lo manifestará al pastor de la suya para que le dé de baja en el registro y le expida carta de traslado para el pastor de aquella á que desea pertenecer. Sin este requisito, tendrá que pasar por los trámites ordinarios, para ser miembro de otra congregacion.

SECCION IV.

PASTORES.

1. El pastor es el ministro ordinario y perpétuo en la iglesia, ordenado por la imposicion de manos del presbiterio.

2. Es el cargo del pastor:

(1) Orar por su grey, tanto en privado como públicamente, en union de la congregacion.

(2) Leer en público las Santas Escrituras.

(3) Apacentar la grey con la predicacion de la Palabra, segun la cual debe enseñar, persuadir, corregir, exhortar y consolar.

(4) Catequizar, que es dar á conocer los primeros principios de los oráculos de Dios, ó de la doctrina de Cristo.

(5) Administrar los Sacramentos y dispensar otras ceremonias eclesiásticas.

(6) Invocar la bendicion de Dios sobre el pueblo.

(7) Cuidar de los pobres.

(8) Visitar á los enfermos, consolarlos y orar con ellos.

(9) Visitar á los feligreses para ejercitarlos en la piedad doméstica.

(10) Y dirigir la grey en union de los ancianos, si los hay.

3. Los pastores deben ser estudiosos, especialmente de la Palabra divina, á la cual ajustarán siempre su predicacion y su conducta pastoral. Y en su vida pública y privada procurarán no sólo portarse como cristianos, sino realizar el modelo trazado por el grande apóstol Pablo en sus cartas pastorales.

4. No podrán exigir gratificacion alguna especial por ninguno de los actos que ejerzan como pastores ordinarios de una congregacion.

5. No se ausentarán de su congregacion por más de una semana, sin ponerlo en conocimiento del presbiterio.

6. Procurarán no contraer matrimonio sino con mujer que profese la fé evangélica.

7. No podrán aceptar cargo alguno que sea retribuido por el gobierno civil, antes de consultar con el presbiterio.

8. No se exige á los pastores que se despojen de sus ideas políticas ni que dejen de ejercer todos los derechos de ciudadanos; pero se les prohíbe acaudillar partidos políticos y tratar de política en los templos, debiendo, por el contrario, orar por las autoridades, predicar la paz y enseñar el respeto debido á las leyes.

SECCION V.

MINISTROS INSTRUCTORES.

1. Hay asimismo en la iglesia otros ministros del Evangelio que, como los pastores, han sido ordenados por la imposicion de manos del presbiterio para predicar la Palabra y administrar los Sacramentos, si bien no tienen congregacion alguna á su cargo.

2. Estos ministros, que nosotros llamamos instructores, sirven generalmente á la Iglesia:

(1) Como auxiliares de los pastores, ó sustituyéndoles en ausencia ó enfermedad.

(2) Como misioneros.

(3) Como profesores en escuelas y colegios.

(4) Como escritores de obras ó periódicos útiles á la iglesia.—Cuyas funciones desempeñan en connexion con los presbiterios, y siempre bajo su superintendencia.

3. Son aplicables en todos los casos á los ministros instructores, los artículos 3, 6, 7 y 8 de la seccion IV. Y cuando sustituyan á los pastores, deben llenar todos los deberes de tales.

4. Para los efectos de esta seccion, no se comprenden bajo el nombre de *instructores*, los que desempeñan funciones de tales en colegios y escuelas, si no han recibido la imposicion de manos del presbiterio.

SECCION VI.

ANCIANOS.

1. Bajo el nombre de ancianos, se comprenden aquellos individuos que, elegidos de entre la congregacion, y habiendo recibido la imposicion de manos, auxilian al pastor en su mision espiritual. No son inferiores al pastor (el cual solo es el primero entre ellos), diferenciándose tan solo en las atribuciones que les son confiadas.

2. Pertenecen al cargo de los ancianos:

(1) Visitar á los enfermos de la grey y orar con ellos.

(2) Examinar con el pastor á las personas que pidan ser miembros de su iglesia.

(3) Promover entre las familias cristianas la oracion y el culto doméstico.

(4) Fomentar escuelas dominicales.

(5) Oír las consultas que les haga el pastor sobre asuntos de la congregacion.

(6) Y ayudar al pastor en todo lo que quiera ocuparles para bien de la iglesia.

3. Si algun anciano tiene las dotes necesarias para la predicacion, puede desempeñar esta en caso de necesidad.

4. Los ancianos procurarán con su conducta pública y privada, ser modelos de virtud para su congregacion.

SECCION VII.

DIÁCONOS.

1. Con el nombre de diáconos se designan aquellas personas, elegidas de entre la congregacion, que administran las cosas materiales de la misma.

2. Pertenecen al cargo de los diáconos:

(1) Procurar y administrar los fondos con que atender á las necesidades de la congregacion.

(2) Mantener el buen gobierno y aseo del templo, y disponer lo necesario para el culto.

(3) Tener cuidado de los verdaderamente pobres, desvalidos y enfermos de la grey.

(4) Proveer de educacion á los huérfanos que queden en completo abandono.

(5) Y ocuparse en las demás cosas materiales en que el pastor los emplee para bien de la iglesia.

3. En todos los casos obrarán segun los acuerdos que se hayan tomado en las reuniones celebradas con los ancianos y el pastor.

4. Todos los cargos del diácono pueden ser desempeñados por el anciano.

SECCION VIII.

JUNTAS.

1. El pastor con los ancianos y diáconos componen la junta de la iglesia. De esta junta el pas-

tor es el presidente nato, eligiéndose de entre sus individuos el secretario, recaudador, tesorero y ecónomo.

2. Si además del pastor hubiera en la congregacion algun ministro auxiliar, forma tambien parte de la junta como anciano, y en ausencia del pastor, es el presidente.

3. El pastor tiene á su cargo el registro de los miembros de la congregacion, los libros de bautizos, casamientos y defunciones, y el sello.

El secretario, el libro de actas y el de la correspondencia.

El recaudador, el libro de entradas.

El tesorero, el libro de fondos y los caudales.

Y el ecónomo, el libro de gastos y los recibos de pago.

4. Todos los documentos de que habla el anterior artículo, y demás que se mencionan en la seccion II, artículo 6, se guardan en el archivo ó local de sesiones, en sitio seguro, y sólo pueden estar en poder de sus encargados, el tiempo necesario para sentar ó copiar las partidas y notas correspondientes.

5. Todos los libros de que habla el artículo 3, (menos el registro de miembros) deben estar foliados y tener en la primera página una nota expresiva del título del libro, número de folios y día en que empieza, atestiguada con la firma y rúbrica del pastor y con el sello de la iglesia.

6. Los libros de bautizos y defunciones deben tener las partidas firmadas por el pastor; y el de casamientos, por el pastor, contrayentes y testigos. El libro de actas debe estar firmado por el presidente y el secretario. Los demás libros llevarán la firma de sus encargados respectivos, exceptuando los libros de cuentas cuando se haga el balance, que deberán ser firmados por todos los individuos de la junta asistentes á la sesion.

7. La junta celebra diversas clases de reuniones, á saber:

(1) Reunion de diáconos, siempre que lo estimen estos conveniente, para tratar de asuntos materiales. Si á estas reuniones asiste el pastor ó algun anciano, les pertenece la presidencia.

(2) Reunion de ancianos con el pastor (que forman el cuerpo de ancianos) cuando lo crean oportuno, para tratar de asuntos espirituales.

(3) Sesion plena ordinaria de toda la junta, para tratar toda clase de asuntos, cuantas veces lo dispongan los Estatutos particulares de la congregacion, ó extraordinaria, cuando el pastor ó la mayoría de los ancianos lo creyeren indispensable.

(4) Reunion general de la junta y de la congregacion, una vez al año, para enterar á los hermanos de todo lo ocurrido en el transcurso del año anterior. Puede haber tambien esta clase de reuniones, en algun caso extraordinario, cuando la junta lo crea absolutamente indispensable.

8. Todas las reuniones de que habla el artículo anterior, deben comenzar con la lectura de una parte de la Biblia é invocacion del auxilio del Espíritu Santo, y terminar con oracion y accion de gracias.

9. No se deben tratar en dichas reuniones más asuntos que los pertenecientes á la congregacion, ó que se relacionen con ella; y los acuerdos se toman por mayoría de votos, salvo los casos en que determinen otra cosa algunos artículos de este Código.

10. De la sesion plena ordinaria ó extraordinaria, y de las reuniones generales, se levanta acta; mas de las reuniones de ancianos ó de diáconos, se toma solo una minuta para dar cuenta en la próxima sesion plena é incorporarla en su acta.

11. Toda reunion general de la congregacion debe anunciarse públicamente por dos veces durante la semana anterior; y la reunion es legal, sea cual fuere el número de los que asistan, siempre que se convoque y celebre conforme á los Estatutos.

12. Otras obligaciones de la junta ó de sus individuos en particular, se expresan en las secciones IV, VI y VII, y en otros lugares del presente Código.

SECCION IX.

ELECCION DE ANCIANOS Y DIÁCONOS.

1. Para la eleccion de ancianos en la iglesia que tenga pastor y no tenga todavia junta, se procede del modo siguiente:

(1) El pastor autorizado por el presbiterio convocará por dos veces, y con anticipacion de quince dias, una reunion general de la congregacion, expresando el objeto de ella.

(2) Reunida la congregacion, esta elegirá directamente ó por medio de comision, ó de otro modo cualquiera, al primer anciano, luego al segundo y así sucesivamente; debiendo cada uno reunir al menos dos terceras partes de votos de todos los miembros de la iglesia.

(3) Elegidos así los ancianos, y no habiendo oposicion fundada, se señalará dia para su admision en culto público.

2. Si la iglesia tiene ya junta para elegir al anciano ó ancianos que falten, se procede de la siguiente manera:

(1) La junta, en sesion plena ordinaria ó extraordinaria, y por votacion que dé dos terceras partes al menos de votos favorables, escojerá los candidatos.

(2) Asegurado el pastor de que dichos candidatos se hallan dispuestos á aceptar el cargo, si la congregacion los elige, anunciará sus nombres en el culto próximo; encargando que de entre ellos ó de entre otros miembros que la iglesia crea más apropiados elijan el número de los que se necesitan, y dando para esto una semana de tiempo.

(3) Trascorrida la semana se hará la eleccion en reunion especial de la congregacion, y no serán elegidos sino los que reunan al menos dos terceras partes de votos presentes. El pastor leerá los nombres de los electos, y dará otra semana de tiempo para que si algun miembro tiene que alegar algo en contra lo haga reservadamente.

(4) Si surgiere alguna reclamacion justa que, en concepto de la junta, inutilizase la eleccion de alguno, se procederá á la presentacion de otro candidato.

(5) Si no hubiere reclamacion, ó esta fuere leve ó no atendible, terminada la semana, el pastor volverá á leer en público los nombres de los electos, y señalará dia para su admision en culto público.

3. La eleccion de diáconos se verificará por los procedimientos de los arts. 1 y 2, segun corresponda.

4. El candidato para anciano debe ser miembro de la congregacion, no neófito, de buenas costumbres, y con la fé é instruccion necesarias para desempeñar su cargo.

2. El candidato para diácono debe ser miembro de la congregacion, y reunir todas las cualidades que exige su cargo.

6. El pastor pondrá en conocimiento del presbiterio los nombres de los ancianos ó diáconos electos, suplicándole que nombre la comision que haya de ordenarlos.

7. La ordenacion y admision en culto público de los ancianos y diáconos se harán como dispone el Directorio del culto; y antes de este acto los ancianos firmarán la Confesion de fé, el Código de disciplina y los Estatutos de la congregacion; y los diáconos firmarán tan solo los Estatutos.

8. El cargo de ancianos y diáconos es vitalicio; mas puede renunciarse.

SECCION X.

TEMPLOS.

1. Se entiende por templo el local donde se reúne ordinariamente la congregacion para celebrar el culto público.

2. Los templos deben estar ventilados, limpios, aseados, con sencillez y modestia, y con suficiente luz para leer.

3. Para los cultos nocturnos puede utilizarse cualquiera clase de luz artificial; pero cuidando de no encender cirios que por su número y colocacion

puedan hacer sospechar que se les atribuye algun misterio ó virtud especial.

4. Debiendo tributarse adoracion en espíritu y en verdad á Dios solamente, es necesario que los templos se hallen exentos de imágenes, cruces y otros signos, á los cuales el error y la supersticion acostumbran á rendir culto y homenaje religioso.

5. En los templos debe haber asientos, si es posible, para todos los concurrentes; púlpito ó tribuna, una Biblia y un Directorio del culto para el predicador; una mesa, cálices, etc., para la Santa Cena; una fuente para los bautismos, y todos aquellos objetos que se consideren necesarios para la celebracion del culto.

6. Es conveniente que se escriban en el testero de los templos con caracteres visibles el Decálogo y la Oracion Dominical. Pueden tambien ponerse en los muros ó arcos textos bíblicos que conduzcan á avivar la fé, la esperanza y el amor entre los fieles.

7. En los templos, además de los actos del culto que se transcriben en el Directorio, pueden celebrarse clases bíblicas, escuelas dominicales, reuniones de oracion, conferencias religiosas, juntas generales para tratar asuntos de la congregacion, y otras reuniones que tiendan á fomentar el espíritu cristiano.

8. No se permiten en los templos reuniones políticas ni de otra clase alguna que puedan redundar en menoscabo del Evangelio.

SECCION XI.

CULTO.

1. Para los efectos de este Código empleamos aquí la palabra *culto*, significando la forma externa del mismo.

2. Son partes del culto evangélico la oracion, accion de gracias, canto de Salmos é himnos, lectura de la Palabra, exposicion de la misma, predicacion, administracion de los Sacramentos y otras ordenanzas bíblicas, colectas para los pobres, invocacion de la bendicion de Dios sobre la grey.

3. Las reglas para la celebracion del culto ordinario, Sacramentos y demás ordenanzas bíblicas, en nuestra Iglesia, se hallan en el Directorio del culto.

4. Es conveniente que los asistentes al culto lean en silencio y al mismo tiempo cada uno en su Biblia, la parte que el pastor lee en alta voz desde el púlpito.

5. Asimismo es muy propio que todos tomen parte en el canto de Salmos é himnos, cuya música debe ser apropiada á su objeto.

6. En las iglesias donde no haya órgano, conviene que un maestro de coro dé el tono y comience el canto de los Salmos é himnos.

7. Nuestra Iglesia solo considera como dias festivos los domingos, en los que son obligatorias la cesacion del trabajo y la celebracion del culto. En ellos, de consiguiente, es indispensable que haya culto en nuestros templos; y si fuere posible, dos veces, á saber: por la mañana y por la tarde ó noche.

8. Conviene además celebrar un culto entre semana, en el dia y hora que sean más á propósito en cada localidad.

9. No se prohíbe celebrar culto en ningun dia; por tanto cada congregacion podrá celebrarlos extraordinarios en los dias en que concurran circunstancias especiales para ello.

10. Pueden tambien celebrarse clases bíblicas y reuniones para oracion.

11. No se permite predicar en nuestros templos á personas que no sean ministros del Evangelio ó que no estén facultadas por un presbiterio. Y esta facultad jamás se concederá á mujeres.

SECCION XII.

BAUTISMO.

1. Puede bautizarse en nuestras iglesias todo adulto que lo pida, y haga antes profesion pública de fé cristiana, no estando ya bautizado.

2. Asimismo todo párvulo cuyos padres ó padres adoptivos, ó uno de ellos, sean miembros de alguna de nuestras congregaciones ó de cualquiera otra iglesia evangélica, siempre que lo pidan los que tienen autoridad sobre dicho párvulo.

3. El bautismo se administra con agua comun, sin hacer la señal de la cruz, y observando las instrucciones del Directorio del culto.

4. Si no hay circunstancias poderosas en contrario, se celebrará siempre el bautismo en el templo, ante la congregacion reunida para el culto.

5. El pastor debe inscribir desde luego en el libro correspondiente el acta ó partida del bautismo.

6. No se permite en nuestra Iglesia rebautizar á nadie, á no ser *sub conditione* en caso de duda razonable.

SECCION XIII.

CENA DEL SEÑOR.

1. La Cena del Señor debe celebrarse con frecuencia; mas á la Junta de cada iglesia pertenece el determinar cuándo. La práctica de nuestra Iglesia es que no se celebre la Santa Cena menos de tres veces al año en cada congregacion.

2. El pastor avisará á su grey con una semana al menos de anticipacion al dia en que se haya de celebrar la Santa Cena.

3. Antes de dicho dia habrá en el templo una ó más reuniones de instruccion y oracion, que sirvan de preparacion espiritual para recibir el Sacramento.

4. Pertenecen á los diáconos preparar la mesa y los elementos necesarios para la Santa Cena.

5. El Cuerpo de ancianos cuidará de que los ignorantes y los escandalosos no participen del Sacramento.

6. Celebrar la Santa Cena sentados, es el modo más conveniente.

7. Para la Cena del Señor se usan pan y vino, y participan de ambos elementos todos los comunicantes.

8. El Sacramento se celebra siguiendo las reglas prescritas en el Directorio del culto.

9. Puede celebrarse este Sacramento lo mismo por la mañana que por la noche en cualquier dia de la semana; pero el más á propósito es el domingo.

SECCION XIV.

MATRIMONIO.

1. No reconociendo como válido las leyes civiles vigentes ningun otro matrimonio que el contraido ante el Juez municipal, no es permitido á nuestros pastores solemnizar el matrimonio religioso, ni aun *in extremis*, sin que preceda el acto civil.

2. Solo se solemniza el matrimonio en nuestras iglesias, cuando los contrayentes, ó uno de ellos, pertenecen á la congregacion ó á cualquiera otra iglesia evangélica.

3. Los contrayentes avisarán al pastor con antelacion, para que en el culto anterior anuncie á la congregacion los nombres de las personas y el dia en que deberá efectuarse el proyectado casamiento.

4. El matrimonio se solemniza en el templo, á presencia de la congregacion, y segun las reglas del Directorio del culto.

5. Solemnizado el matrimonio, deben ir los cónyuges y los testigos con el pastor, á firmar el acta.

SECCION XV.

SEPELIO.

1. No pertenece á nuestros pastores propiamente el sepelio ó entierro, sino el oficio de sepultura; el cual celebrarán á aquellos cadáveres, cuya familia ó amigos lo solicitaren.

2. Mas si por algunas circunstancias se encargaren los pastores del sepelio, no procederán á él sin tener el permiso por escrito del juez municipal competente.

3. Está prohibido llevar los cadáveres al tem-

plo, y si por motivos especiales creyere el pastor conveniente hacerlo (consultada la junta) deberá obtener antes la autorización por escrito de la autoridad civil.

4. El oficio de sepultura se celebra conforme al Directorio del culto.

5. El pastor inscribirá en el libro correspondiente la partida de defunción. Y si muere algún anciano, lo pondrá en conocimiento del presbiterio.

6. Si el pastor no pudiere celebrar en persona el oficio de sepultura, comisionará para ello á un miembro de la junta, y en su defecto, á cualquiera de los hermanos que pueda desempeñarlo.

7. A la muerte del pastor, los ancianos darán inmediatamente aviso al presbiterio, y rogarán al ministro más cercano que venga á celebrar el oficio de sepultura, quien extenderá también el acta de defunción.

SECCION XVI.

PRESBITERIOS.

1. Para mayor acierto en sus resoluciones, mútuo consuelo en sus adversidades, estímulo en sus trabajos, protección en sus dificultades y seguridad en su marcha constante, las congregaciones de nuestra iglesia se agrupan formando secciones de tres ó más.

2. Estas secciones ó circunscripciones, sólo pueden ser establecidas y modificadas por la Asamblea.

3. Los pastores de estas congregaciones y un anciano de cada una de ellas, forman el cuerpo que las dirige, y que se llama presbiterio (1); nombre que también suele aplicarse á la misma agrupación de congregaciones.

4. Cuando en una congregación hay pluralidad de ancianos, forma parte del presbiterio uno cada año por turno, si no lo renuncia.

5. Forma parte asimismo del presbiterio un ministro director ó profesor en seminario teológico, que existiere en la demarcación.

6. El presbiterio nombra de su seno un presidente y un secretario, que desempeña sus cargos por un año.

7. El presbiterio tiene sesión ordinaria tres veces al año por lo ménos, cada vez en el lugar y tiempo que se haya acordado, sin necesidad de convocación previa. Puede celebrar sesión extraordinaria cuando tres miembros lo estimen necesario; y entonces el secretario hace la convocación á nombre del presidente, expresando el día, lugar y objeto de la reunión.

8. En toda sesión, á falta del presidente, hace sus veces el último que anteriormente lo hubiere sido; y en caso de necesidad, cualquiera de los presentes, elegido por los mismos.

9. El presbiterio no puede celebrar sesión si no asisten al ménos dos ministros y un anciano.

10. Cada presbiterio debe tener:

(1) Libro de actas y resoluciones.

(2) Libro copiado de la correspondencia.

(3) Libro de contabilidad.

(4) Un ejemplar de la Confesión de fé, Directorio del culto y Código de disciplina.

(5) Un ejemplar de los Estatutos particulares de cada congregación de su rúo que los tuviere.

(6) Un libro de las actas de ordenación.

(7) Un catálogo cronológico de los pastores y ancianos que han existido y existen en las iglesias de su dirección, con las fechas de su ordenación, instalación, traslación y fallecimiento.

(8) Y un sello que tenga esta inscripción: «Iglesia Cristiana Española.—Presbiterio de Sevilla,» ó el nombre que corresponda.

Todo lo cual debe hallarse bajo la custodia y responsabilidad del presidente ó del secretario.

11. Las funciones del presbiterio son:

(1) Velar por el cumplimiento del Código de

disciplina, y demás acuerdos y resoluciones de la Asamblea.

(2) Resolver en todos los asuntos que atañan á más de una ó á todas las congregaciones de su dirección.

(3) Entender y fallar en todas las dificultades que surjan entre una congregación y su junta, y entre una junta y su pastor.

(4) Examinar los Estatutos particulares de cada congregación y dar su dictámen.

(5) Examinar, ordenar é instalar pastores, y proveer de ellos accidentalmente, en caso de necesidad, á sus iglesias.

(6) Ordenar ó comisionar para la ordenación de los ancianos y diáconos.

(7) Y cumplir todas las demás disposiciones que se hallan en algunos otros artículos de este Código.

12. Los presbiterios funcionan con independencia de la comisión permanente, y envían cada año á dicha comisión, un mes antes de que se reúna la Asamblea, una sucinta Memoria de lo ocurrido en ellos durante el mismo año.

13. Mas el secretario avisará á la comisión cuando ocurra ordenación, instalación ó fallecimiento de algún pastor ú otro suceso de gravedad, y contestará á las preguntas que la comisión le haga ó á los informes que le pida.

ADVERTENCIA. Estas son las diez y seis secciones aprobadas y puestas en vigor por la Asamblea. Las otras nueve secciones que han de regir solo provisionalmente por este año, se darán en otro número de este periódico.

PROYECTO DE LEY

sobre la separación de la Iglesia del Estado.

«Artículo 1.º El Estado reconoce en la Iglesia católica el derecho de regirse con plena independencia y de ejercer libremente su culto, y por tanto los derechos de asociación, manifestación, apropiación y enseñanza, con las demás garantidas por la Constitución y las leyes á todas las corporaciones lícitas.

Art. 2.º La Iglesia católica española y demás corporaciones religiosas, adquirirán y conservarán la propiedad en la forma que las leyes determinen y salva la prohibición establecida por la ley 15, título xx, libro x de la Novísima Recopilación, extensivas á toda clase de mandas de carácter religioso, hechos en última disposición otorgada durante la enfermedad de que muera el otorgante.

Art. 3.º El Estado renuncia:

1.º Al ejercicio del derecho de presentación de todos los cargos eclesiásticos vacantes ó que en lo sucesivo vacaren, sean los que fueren su clase y categoría, pero sin perjuicio de los derechos de patronato laical.

2.º A la jurisdicción y derecho de toda clase relativos á todas las jurisdicciones exentas señaladas y reconocidas en el art. 11 del Concordato sancionado en 17 de Octubre de 1851.

3.º Al pase ó *regium exequatur* de todas las bulas, breves, rescriptos pontificios, dispensas y demás documentos que proceden de las autoridades eclesiásticas, correspondiendo al fuero y legislación común la persecución y castigo de los delitos que por estos pudieran cometerse.

4.º A las gracias de cruzada é indulto cuadragesimal y sus productos.

5.º A toda intervención en la impresión y publicación de libros litúrgicos y otros de igual ó parecida índole.

6.º A toda intervención en las dispensas que hasta hoy han debido hacerse por la agencia de preces.

7.º y último. A todas las facultades, derechos, regalías, prerogativas y concesiones pontificias, ya procedan del antiguo patronato real, ya de cualquier otro origen, mediante las cuales viene interviniendo en el régimen interior de la Iglesia, reservándose, sin embargo, el derecho adquirido

por título oneroso á percibir los resultantes de espolios anteriores al Concordato de 1851.

Art. 4.º El Estado reconoce:

1.º El derecho de las religiosas en clausura á percibir las pensiones que hoy disfrutaban segun las disposiciones vigentes, cuya nómina pasará al presupuesto del ministerio de Hacienda, amortizándose las pensiones de las que fallezcan.

2.º Los contratos legalmente terminados con particulares sobre reparaciones de templos y demás que se hayan reedificado con arreglo á las disposiciones hasta hoy vigentes.

Art. 5.º Todos los miembros de la Iglesia católica, en su calidad de ciudadanos, quedarán sometidos al derecho común á todos los españoles.

Art. 6.º Todo lo relativo á los bienes y derechos que posee hoy la Iglesia, así como lo referente á las asignaciones que hasta la actualidad ha venido percibiendo del Estado por varios conceptos, será objeto de una ley especial y definitiva, para cuya preparación procurará el Gobierno de la República proceder de acuerdo con las autoridades, corporaciones é individuos especialmente interesados.

Art. 7.º Todos los edificios actualmente destinados al culto ú otro fin religioso, seguirán destinados al servicio de la Iglesia católica, salvo los derechos que sobre ellos competan á particulares ó corporaciones, interin se forma la ley prescrita en el artículo anterior.

Los edificios que puedan calificarse como monumentos artísticos por las corporaciones científicas á quien corresponda, se declararán desde luego bajo la protección é inspección inmediata del Estado.

Madrid 1.º de Agosto de 1873.—El ministro de Gracia y Justicia, Pedro Moreno Rodríguez.»

LA VIDA ETERNA.

TERCER DISCURSO.

Pensamientos de la humanidad.

(Continuación.)

Sucesivamente hemos fijado nuestra atención en la Grecia y en la India, de Oriente á Occidente; pero llegó un día en la historia del mundo, á consecuencia de grandes acontecimientos, en que el Oriente y Occidente se hallaron en las orillas del Mediterráneo, operando la fusión de la inteligencia humana; y no solamente esto, sino que se abrazaron la religión y la filosofía. ¿Cuál fué el resultado de esta fusión?

Transportémonos á Grecia en el siglo V de nuestra era cristiana. Atenas, la gloriosa Atenas, la ciudad del pensamiento y las artes, iba á desaparecer; esa estrella maravillosa del cielo de la inteligencia iba á perder su brillo; pero cuando se reclinaba en su horizonte despedía sus últimos fulgores. Una juventud numerosa corre de todas partes, para poblar los anfiteatros de la capital del mundo intelectual, y entre el oleaje de un auditorio inmensísimo se alzaba la voz de un hombre venerable, á quien algunos honraban como á un Dios. El se llamaba á sí propio el pontífice universal; era el más estimado de los filósofos y el más erudito de los sacerdotes; parecía como que en su persona reasumía todo el adelanto de los siglos anteriores, todo el espíritu de la filosofía, todas las ideas religiosas. Este hombre, cuya fama superaba á su importancia, era Proclus. Era el último de una larga serie de sabios, y su doctrina compendaba cuatro siglos de afanes, de estudios y trabajos; esta doctrina era, segun los historiadores, la de la escuela de Alejandría, que se había formado en aquella ciudad al unirse el Oriente y el Occidente. En ella se enseñaba que la mitología era la corteza de la verdad, y el panteísmo el fondo de esa verdad misma. Los alejandrinos sustituyeron al Dios vivo, causa universal, una concepción abs-

tracta y estéril, un Dios ininteligente, sin libertad y sin poder. Lejos de conservar nuestra existencia personal despues de la muerte, todo el esfuerzo de su doctrina era destruirla tanto en la vida presente, como en los límites de lo posible. Las creaciones griegas, esas fábulas que llevaban la vida y el movimiento á todas partes, no fueron más que el ligero ropaje de las sombrías concepciones del Asia; los dogmas de Brahma, aparecieron bajo otra forma en la patria de Homero y de Platon. Tal fué el resultado de ese encuentro de la inteligencia ó el pensamiento griego y oriental.

El movimiento de los espíritus era inmenso, de tal modo, que parece que la sabiduría antigua reunía todas sus fuerzas para consolidarse. Su actividad era apasionada, como que era el resultado de una ardiente lucha. Los representantes del mundo antiguo hacían esfuerzos inútiles por reunir las brillantes ficciones de la fábula á las grandes concepciones del génio; la tierra temblaba bajo sus pasos, sintiendo que el porvenir se les escapaba de entre las manos. ¿Por qué? porque en una provincia oscura, un hombre, que no alcanzaba la sabiduría del Oriente, ni la filosofía occidental, se había puesto á predicar la vida eterna á algunos pobres pescadores del lago de Genesareth; porque un hombre llamado Pablo, ciudadano de Tarsa en Cilicia, se había apoderado de esta locura esparciéndola por todos los cuatro vientos del cielo; porque á la predicación de esa palabra surgía una fé tan viva en la inmortalidad, que se corría al martirio como á una fiesta, no para huir la existencia, sino para alcanzar la palma de una vida sin término. Nada podía contener el progreso de la nueva doctrina; la semilla había tomado inmensas proporciones; se había hecho un árbol gigantesco. El abeto de nuestras selvas, al extender sus ramas en direccion al astro refulgente del firmamento, cubre con su sombra los arbustos que le rodean; pues así el cristianismo extendiéndose de día en día absorbía la luz y el aire de los dioses del Olimpo, sembrando el suelo de ruinas de concepciones antiguas, cuya sávia iba pasando á su seno. ¿Os habéis representado alguna vez esa lucha de que era teatro el mundo? ¿Comprendéis lo que sufrirían los ciudadanos romanos, cuando se exigía á la ciudad soberbia por excelencia, que renunciase al esplendor de sus fiestas y á las ceremonias de su culto mezcladas con la grandeza del Estado; á su Capitolio enriquecido con los despojos de todo el universo, y á aquellos triunfos en que los príncipes de la tierra se humillaban ante el pueblo-rey? ¿Comprendéis los sentimientos de esos jóvenes á quienes quería arrebatarse los recuerdos de su adolescencia, las fiestas, que eran toda su delicia, esa brillante poesía que arrastraba su imaginación, y todo esto por una palabra inculta, ruda, de tal manera que podía decirse en verdad que fuese una locura para los sabios, ó un escándalo para los hombres del mando? Y sin embargo, esa palabra había vencido. Las religiosas antiguas, debilitadas por los ataques de la razón y por las protestas de la conciencia, no murieron sino cuando fué crucificado Jesús en una montaña de la Judea, en medio de las mujeres que lloraban su muerte y de un pueblo que le apostrofaba. El escepticismo, en la historia de los pueblos, no es más que una crisis pasajera; el alma no presenta nunca una página en blanco, y si algo se borra de ella, es á condicion de escribir nuevas líneas.

Así enmudeció la sabiduría antigua ante la palabra que ha evidenciado la inmortalidad, y este hecho revela por sí solo toda la importancia del Evangelio. ¿Es, empero, esta importancia puramente histórica? ¿A qué altura nos hallamos en esta cuestion? Cuando la filosofía moderna habla de la vida futura, acaso presenta los argumentos de Platon sin añadir nada importante en la parte de la metafísica; ella ha reconocido la confusion de ideas en que se apoya el materialismo, trazando con una mano segura la línea divisoria entre la fisiología y la psicología; ha desenvuelto las pruebas morales de una retribucion futura y fundado esa religion na-

tural de que es el mejor intérprete el vicario saboyano. Algunos piensan que el Evangelio ha perdido su importancia por la doctrina de la vida futura considerada por sí misma, puesto que la razón basta solamente para establecer sobre sólidas bases nuestras eternas esperanzas.

La filosofía conduce en algun tanto á esta opinion, pero tambien la rechaza en cierto modo. Yo creo útiles los argumentos de los espiritualistas, estoy pronto á defenderlos siempre que se quiera, pero es menester decir que se les dá una interpretacion que no es la propia, cuando separándolos del conjunto de la verdad se les presente faltos de su natural apoyo, y como arrancados del tronco que les dá su sávia y su vida. Cuando Julio Simon, por ejemplo, dice que solo la razón hace evidente la vida futura y la justicia distributiva en otra economía, es menester contestarle con Cousin, diciéndole que la filosofía no puede llegar hasta allá. Sospecho (por no decir otra cosa) que en las elocuentes páginas de Rousseau, en los principios sostenidos por Kant, y en los libros de los modernos espiritualistas franceses, se pueden encontrar algunos rasgos de la influencia positiva de la tradicion cristiana; y lo que me confirma más esta idea es que nuestros sabios de hoy se separan completamente del Evangelio, caen en el materialismo, hacen renacer la metempsicosis, ó no saben ofrecernos otra inmortalidad que la de nuestras obras. Si no os satisface lo que digo, oid á Barthelemy Sain-Hilaire: «La desgracia permite que las doctrinas que constituyen el fondo del budhismo, hallen entre nosotros un favor especial, sin embargo de no merecerlo. Hace algunos años hemos visto levantarse los sistemas que ensalzan la metempsicosis y la trasmigracion, en que se pretende explicar el mundo y el hombre sin tener en cuenta para nada á Dios y su Providencia; donde se intenta arrancar del género humano la esperanza de una vida inmortal, donde la inmortalidad del alma quiere sustituirse por las de las obras, y donde se destrona á Dios para reemplazarlo con el hombre, el ser único, dícese, en el que lo infinito refleja su conciencia. Y ya en nombre de la ciencia, ya de la historia ó de la filosofía, y aun tambien de la metafísica, se vienen despertando esas teorías que ni son nuevas ni originales, y que á lo más, sólo pueden hacer un grave daño á los espíritus débiles.»

Tal es, señores, la inquietud general que se nota en el movimiento científico de nuestros días. Y en vista de tan tristes circunstancias, ¿habrá alguna exajeracion al deducir que el Evangelio contiene el fundamento sólido de una esperanza en la eternidad, muy digno de ser tomado en cuenta?

REMITIDO.

BENISA 25 DE JULIO DE 1873.

Mi querido amigo: Si estas líneas que como te prometí, te escribo, logran atravesar intactas por el desbarajuste político que domina en esta provincia, te ruego las leas con detencion y llores conmigo los desmanes y agitaciones de que me veo rodeado.

¿Para qué he de hablarte de las horribles escenas de la vecina Alcoy? Mi pluma se resistiera á decirte algo, aun cuando nada supieses, de tan infortunada ciudad. Porque son tantos los desmanes, tantas las locuras, tantos los crímenes allí cometidos, que ningun alicantino puede narrarlos sin que los colores de la vergüenza y de la indignacion asomen en sus mejillas.

Empero aunque mucho, nada fuera lo de Alcoy, si no amenazaran nuevos conflictos á las poblaciones de esta bella comarca. Se dice, y con verdad por desgracia, que los fugitivos de Alcoy andan maquinando infernales planes por estos contornos; y esto, como es natural, trae la agitacion entre los más fuertes y el miedo entre los más débiles.

El día 22 por la mañana, amigo Sanchez, cundió la voz por aquí de que tales hombres se reorgani-

zaban para invadir esta populosa y aristócrata villa al grito de ¡viva el canton valenciano!, y el pueblo con algunos aristócratas acordó pronunciarse antes que otros lo pronunciaran, para evitar así el motivo y valerse del entusiasmo popular para oponerles enérgica resistencia, dado el caso de que intentaran entrar en esta poblacion.

Se nombró una Junta revolucionaria en medio de repetidos y prolongados vivas y de tres vuelos de campanas en los tres campanarios de esta poblacion. Me aclamaron por unanimidad presidente de dicha Junta, y con disgusto sumo, y temiendo por mi persona si lo contrario hacia, acepté dicho cargo, que últimamente me imponían las masas. Habléles desde los balcones de la casa consistorial manifestándoles la imposibilidad de figurar como político activo, aduciendo varias y fuertes razones; empero fueron inútiles.

En la tarde del mismo día por una imprudencia de un prohombre de aquí fuéronse formando grupos del pueblo en ademan amenazador. Poco despues empezaron las alarmas, los gritos, y hubo tiros alrededor y en la casa consistorial. Habléles fuerte y enérgicamente, pude contener los ánimos y Dios me ayudó para evitar desgracias que, á falta de tropas y voluntarios, hubieran podido ser numerosas. Ha habido sin embargo dos leves heridas. Logré, no sin mucho trabajo, restablecer la tranquilidad, y calmados los ánimos manifestéles de nuevo que tenía sérios compromisos que me impedían ser presidente de la Junta, y que si me apreciaban debían nombrar otro presidente admitiendo mi dimision. La admitieron y nombraron otro presidente.

La aristocracia que me tenía antipatía y hasta enemistad á causa de mis ideas religiosas, me ha dado las gracias por haber evitado un conflicto en la poblacion.

Escribete estas líneas por tres razones:

1.^a Para que conozcas mi situacion y la de esta comarca.

2.^a Para que si mis hermanos ven mi nombre en algun periódico, sepan que he admitido el cargo de presidente de esta Junta contra mi voluntad, y que he dimitido tan pronto como la prudencia y la calma popular me lo han permitido.

3.^a Para que vean que prácticamente he predicado el Evangelio de paz evitando raudales de sangre humana.

Es muy difícil juzgar las cosas lejos del teatro de los hechos; mas yo ruego á mis hermanos que atiendan á las razones espuestas y me disculpen si en tales circunstancias en culpa he incurrido.

Ahora más que nunca necesitamos todos orar mucho por nuestra desgraciada España, por nuestra conservacion y nuestros acertados pasos.

Dispénsame, hermano, y dispon cuando y como gustes de tu afectísimo amigo que de corazón te aprecia,

F. DE A. CABRERA.

NOTICIAS VARIAS.

Hoy publicamos la carta de nuestro hermano Mr. Moore, de que hemos hablado en números anteriores. Lo extenso de ella nos impide, como hubiéramos querido, darla contestacion en este mismo número. Lo haremos en el siguiente.

Há días regresó al seno de su familia y de su iglesia, nuestro amigo el Sr. Carrasco. Nos alegramos de su vuelta y rogamos á Dios le dé nuevos bríos para proseguir sus trabajos evangélicos.

MADRID: 1873.

Imp. de J. M. Perez, Corredora Baja de San Pablo, núm. 27.